
LÉGAUT Y TRES AUTORES ESPAÑOLES

Domingo Melero (*)

Al elaborar mi intervención, he tenido en cuenta las tres circunstancias que la delimitan según el programa: primero, una duración de quince minutos; segundo, formar parte de una sesión de “testimonios” sobre el encuentro de Légaut “discípulo”; y, tercero, que la intervención contribuya al aspecto “internacional” del Coloquio.

Por eso he dividido mi texto en tres puntos más un breve final, y por eso cada punto incluye: un recuerdo particular, una referencia a un autor de la tradición espiritual española y una mención de un elemento central de la obra de Légaut.

1er punto. 1ª visita a Légaut, Cervantes y el Quijote

En el verano de 1977 viajé por primera vez a Mirmande para conocer a Légaut, al que había leído en los años anteriores; años en que, poco a poco, había ido madurando uno de los giros más importantes de mi vida. Llevaba conmigo dos pequeños regalos: un par de botellas de vino de Rioja y una estatuilla de Don Quijote. Cuando vi que aquella casa no era la suya y que no estaba allí su familia sino que había más de cuarenta personas, para no hacer el ridículo, no saqué las dos botellas (que me volví a llevar de vuelta) pero sí que le entregué la estatuilla, que se quedó desde entonces en el viejo salón donde él, “caballero de la fe” del siglo XX, leía a los amigos los borradores de sus textos.

Por eso, pensando en Légaut, quisiera comenzar leyendo uno de los parlamentos más famosos que Cervantes puso en boca de Don Quijote. Cervantes, cristiano de remotas raíces erasmistas (recordaréis

(*) Comunicación en el Ier Coloquio Internacional sobre Légaut, celebrado en Lyon en noviembre de 2000.

el *Elogio de la locura*), y español incómodo en la cristiandad barroca y contrarreformista de su tiempo, supo atravesar el espesor de su época gracias a la lanza de un humor, nacido de una gran comprensión de la condición humana, incluidas sus grandezas y miserias. Cervantes hizo de su personaje, loco y visionario, una creación universal que hasta un chino puede entender con tal de que haya vivido lo suficiente y haya aprendido a desentrañar las enseñanzas que anidan tras los fracasos del ideal; ideal que, sin embargo, en medio de las inevitables metamorfosis, uno mantiene si lo mira con la luz de esa lucecilla que arde en el corazón adulto y animoso, y a la que Légaut llamó la “fe en sí mismo”.

Por eso la figura de D. Quijote, siempre en diálogo con su escudero Sancho, es, en el fondo, una pervivencia escondida del espíritu del profeta de Galilea que distinguió a Pedro y que sabía adivinar, detrás de las apariencias, la nobleza y la grandeza de un pescador fogoso pero cobarde, de un cobrador de impuestos o de una mujer de moralidad dudosa, así como de tantos otros pobres tipos (anti-héroes como nosotros) que, desde entonces, y pese a todos los determinismos, han procurado vivir, por su cuenta y riesgo, con suficiente honestidad y lucidez, intelectual y moral, conforme a lo que algunos de ellos osan llamar la “misión” de cada uno, es decir, aquello para lo que uno ha venido a este mundo, en medio de una realidad cultural, religiosa y política, personal y social, muchas veces también mediocre y opaca.

Pues bien, cuenta Cervantes que: “Cuando Don Quijote se vio en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose a Sancho le dijo: « - La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo y la abundancia que en este castillo que dejamos he tenido; pues,

en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquél a quien el cielo dio un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!» ” *Fin de la cita (D. Q., IIª parte, cap. lviii, al principio).*

La vida espiritual – o “metafísica” si se quiere – siempre incluye un movimiento de partir, de salir afuera, a “la campaña rasa” donde sopla el espíritu y, paradójicamente, uno “está en su centro”. Lo cual, en momentos biográficos importantes, se concreta en auténticos “*dépassements*” de cuyo vigor y fecundidad – siempre en medio de ambigüedades – nos nutrimos durante años.

Imagino que no les será difícil asociar las “salidas” de Don Quijote (como ésta por la que se aleja de una enamorada absorbente y de un castillo lleno de facilidades), con el “salir” de Légaut tanto de la seguridad de la Universidad y del conocimiento académico, como de la inercia de su rol de líder de un grupo, o del confort de las creencias de una primera etapa religiosa, donde una cristología y una doctrina general sobre Dios y sobre el hombre no nos piden pensar sino, como es convencional, un sacrificio intelectual y una obediencia ciega o, en todo caso, un somero “*aggiornamento*” ideológico.

2º punto. El « oratoire » de Mirmande y Teresa de Ávila

Cuando en aquel mismo viaje entré por primera vez en el oratorio de la Magnanerie de Mirmande, me sorprendió encontrar un retrato de Teresa de Ávila, “fémina inquieta y andariega”, modelo de Quijote a lo divino que, por razón de su sexo, no fue reconocida como “Doctora de la Iglesia” hasta cincuenta años después de haber sido propuesto dicho reconocimiento, lo cual fue casi cuatro siglos después de su muerte: en 1970, fecha, precisamente, de la edición de *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme*, de Légaut. («*Obstat sexus*», dijeron en Roma, en los años 20.)

En 1990, al morir Légaut, ya escribí algo sobre las afinidades entre él y santa Teresa en unas reflexiones que Pierrette Bourrat tradujo y que algunos quizá recordaréis ⁽¹⁾. Entonces mencioné cómo les unía a ambos, pese a sus diferencias de condición y de circunstancias, el haberse consagrado a la obra de una renovación espiritual en profundidad, empezando por ellos mismos, retomando todo desde la base, partiendo de lo humano, sin autodefensas, con todo rigor, para que, por una especie de mutación, el cristianismo estuviese, al menos en ellos y en los que les eran próximos, a la altura de la gravedad de la crisis, cultural y religiosa, de su época.

Teresa de Ávila, en los veinte años últimos de su vida fundó diecisiete conventos contemplativos, a los que llamaba “palomarcitos”. Y Légaut, en sus últimos veinte años de vida, escribió un número parecido de libros, diecisiete; libros de semilla pequeña, sin mandato ni apoyo institucional, que, sin embargo, luego se han vuelto árboles frondosos donde muchos ponen su nido, al aire de su vuelo y migraciones.

Pues bien, así como antes he citado un fragmento de Cervantes, ahora quisiera citar una única frase de esta mujer española y universal, que siempre vivió con cierto temor a la Inquisición pues aparte de mística era descendiente de padres conversos y de abuelos judíos, tal como se descubrió a mediados del siglo XX. Así como en el punto anterior el parlamento de Don Quijote sintetizaba la “fe en sí mismo” y la “libertad de ser”, la frase de Santa Teresa de ahora sintetiza – como verán – las dos preguntas fundamentales que guiaron la búsqueda y la reflexión de Légaut: “¿quién soy yo...?” y “¿quién eres tú, Jesús...?”, etc.” (tal como las formuló en los capítulos dos y tres de *Trabajo de la fè*).

Cuenta, pues, Teresa de Ávila, en uno de sus escritos, que, una vez, creyó escuchar, de la voz que ella atribuía a Jesús, esta exhortación: “*Búscate en mí*”. Y yo quisiera destacar tres cosas de esta magní-

(1) Ver: *Cuadernos de la Diáspora* 3, págs. 75-96.

fica expresión que funde, en clave amorosa y pasional, y en una sola frase, las dos preguntas y los dos temas de la búsqueda de Légaut, que acabo de citar.

Lo primero que quisiera destacar es que la voz hubiera podido decir, más que “búscate en Mí”, “piérdete en Mí”, “olvídate de ti en Mí” dado que el lenguaje amoroso privilegia el aspecto de fusión propio de la pasión, lo cual, aplicado a la relación del hombre con Dios, favorece el despojamiento del “yo” hasta el extremo de la negación total de sí mismo, engañosamente radical. Sin embargo, no fue así: Santa Teresa escuchó “búscate en Mí”. Y la razón es que un verdadero espiritual como ella, debido precisamente a la captación interior de “su” Dios, mantiene, dentro de sí, una afirmación irrenunciable de su propio ser; una afirmación por la que el espiritual resiste y rechaza las incesantes idolizaciones de lo que no es Dios mismo pero que, sin embargo, pretende presentarse como tal ante él, desde dentro o desde fuera de sí mismo.

Lo segundo que quisiera destacar de esta expresión apasionada de “búscate en Mí” es que, más allá de la metáfora erótica y nupcial, pertenece a la amplia tradición reflexiva y de autoconocimiento del “socratismo cristiano”, de la que Légaut es, en nuestro siglo, un autor esencial.

Tal como Légaut desarrolló en múltiples pasajes (por ejemplo, en *L'homme à la recherche de son humanité* o en *Devenir soi*), lo fundamental de este “socratismo” es que, de suyo, desde un punto de vista adulto y maduro, consiste en una doble relación, no inversa sino directamente proporcional, por la que, cuanto más avanza uno en el conocimiento de la vida humana de Jesús (de la que la vida de sus discípulos es inseparable) tanto más avanza uno también en el conocimiento de sí mismo y de lo que de divino anida en él; pero esto es así porque también, en sentido contrario, cuanto más ahonda uno en el conocimiento de sí y de su propia condición (de la que “los suyos” son inseparables), tanto más es capaz de conocer por dentro lo que vivió Jesús. A lo que Légaut añadía, primero, que no se puede decir que ninguno de esos movimientos sea ontológicamente anterior al otro, y, segundo,

que, en nuestro tiempo, hay que decir que es bueno comenzar por el movimiento que parte del conocimiento del propio ser de uno.

De manera que, al dicho de “Búscate en Mí”, bien podríamos unirle, para que esa doble relación, directamente proporcional, quedase clara, otro dicho complementario que dijese “*Búscame en ti*”. Y ambos, como el anverso y el reverso de un papel de fumar muy fino, puestos en boca de Jesús, serían como el no menos famoso dicho que también Pascal puso en boca de Jesús: “no me buscarías si no me hubieses encontrado” (*Pensamientos*, ed. Lafuma, 919); pensamiento que Légaut se tomó la libertad de modificar de forma que, según Légaut, Jesús dijo, dirigiéndose al hombre inquieto que se interroga por el sentido de su vida: “no *te* buscarías si no *te* hubieras encontrado”, tal como se puede leer al final del capítulo tres de *Travail de la Foi*. Por lo que, tal como ya dije, el “socratismo cristiano” es, al mismo tiempo, indisolublemente, para Légaut: “*cristianismo socrático*”.

Una tercera cosa quisiera añadir a propósito de esta exhortación de “búscate en Mí”. Como Légaut observaba, la búsqueda espiritual exige “*épouser le réel*” y “*épouser son destin*” (desposar lo real; el propio destino), es decir, exige, dicho en términos más sobrios, “darse a fondo”, pues exige – la vida espiritual – “*le tout de l’homme*” ^(1bis); lo cual es la otra cara de la “libertad de ser” y de la “fe en sí mismo” – y pienso de nuevo en Don Quijote, entregado de lleno al “asumto de sus caballerías”.

El verbo “*épouser*” (verbo de connotaciones místicas y teresianas), y la expresión de “darse a fondo” me permiten mencionar lo que, hace diez años, llamé la “intensidad del genitivo” de Légaut. Voy a recordar brevemente, en dos pasos, a qué llamo la “intensidad del genitivo” de Légaut.

Primer paso. Légaut, hombre de pensamiento independiente, que M. Portal potenció; amante de la vida un tanto autárquica del

(1bis) *Mutation de l’Église et conversion personnelle*, pág. 195; Ver: “Llegar a ser discípulo”, *Cuaderno de la diáspora 2*, 1994, p. 54.

campesino frente a la del funcionario; guardián del valor de la soledad y malicioso cuando decía de sí mismo “*je suis un sauvage*”, gustaba enfatizar el “ser” frente al “tener”; no valoraba la pertenencia y adhesión ideológicas a un grupo más que como algo segundo, que no secundario; y no valoraba más que como algo inicialmente indispensable, el aspecto posesivo en el amor o en la paternidad o en la filiación.

Sin embargo, al hablar de Jesús y de su relación con Dios, y de lo que llamamos la “divinidad” de Jesús, no dudó en afirmar una máxima dependencia y determinación de Jesús respecto de “su” Dios cuando afirmaba: “Jesús es *de* Dios”. Légaut escogió omitir el atributo de “hijo”, en esta afirmación suya, con intención, no de negar nada sino de criticar el fácil antropomorfismo, y de ser fiel a su discreción teológica (poco frecuente en muchos teólogos de oficio), justamente él que tanto había reflexionado sobre lo íntimo de la relación de paternidad y filiación. De manera que, por un camino indirecto, lleno de finura, descubrió el vigor y el poder inspirador que tenía esa afirmación escueta de decir, simplemente, que “Jesús es *de* Dios”.

El segundo paso de lo que llamé la “intensidad del genitivo” consiste en salir al paso de quienes interpretan esta expresión, “Jesús es de Dios”, como insuficiente, como una reducción del objeto de la fe. Es todo lo contrario. A mi modo de ver, se trata de una expresión máxima de la fe.

La prueba está en la “*intensidad*” con que Légaut vinculaba el sentido de su propia vida al de Dios, al de Jesús y al de la Iglesia, pues, sin estas tres realidades, su vida – como él confesaba – sería absurda, no tendría sentido. Por eso afirmaba que estas tres realidades eran más reales para él que cualquier otra realidad percibida por por los sentidos y comprendida por la razón.

(²) Ver: *L'homme à la recherche...*, pág. 157 (HBH, p. 187-8, en castellano); *Mutation de l'Église...*, págs. 166-67 (Cuaderno 2, p. 17-18), y *Croire à l'Église...*, págs. 11-12 (ed. esp. de 1988, p. 13; ed esp. 2013, p. 10).

No voy a leer ningún párrafo de Légaut al respecto (²). Pero, basándome en ellos, si, por indiscreción o por salir en su defensa, tuviera que definir a Légaut, diría de él que su desmesura apasionada (como la de Don Quijote, como la de Santa Teresa) le hizo ser “de Dios”, “de Jesús” y de la Iglesia” de manera que ser “hombre de Dios”, “discípulo de Jesús” y “padre de la Iglesia” son sus títulos. Él se buscó en estas tres realidades dándose a ellas, y estas tres realidades “son” en él para quienes lo leemos. Tal es su autoridad, y esto es lo que yo llamo la “intensidad del genitivo” de Légaut.

3er punto. Leer, traducir, pensar a Légaut y D. Antonio Machado

Quisiera hablar ahora de la acción de leer a Légaut, así como de la actividad de traducirlo y de editarlo que comparto con los amigos de nuestra ínfima Asociación. Para ello, contaré un par de anécdotas particulares y citaré unos versos de Antonio Machado, uno de los poetas de mayor hondura espiritual (si no el que más) de este siglo en España.

En una de mis primeras conversaciones con Légaut, al enterarse de mis conocimientos y lecturas sobre el cristianismo, así como de mis estudios literarios, me sugirió que sería importante, para una renovación espiritual de mi país, hacer en él nada menos que algo parecido a lo que hizo Bremond con su *Historia literaria del sentimiento religioso en Francia*.

Semejante propuesta indica tanto los horizontes quijotescos de Légaut como su excesiva valoración de mis posibilidades. No obstante, algo estudié en aquella dirección y, de aquellas lecturas de algunos de los tomos de Brémond, conservo, curiosamente, el recuerdo de un personaje secundario: un laico de familia oriunda de España, de nombre Quintanadueñas (*Quintanadoine*). Quintanadueñas, si no recuerdo mal, fue el animador y quien resolvió las cuestiones materiales en la odisea de las primeras carmelitas, discípulas directas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, que atravesaron los Pirineos tanto para dejar el ambiente cada vez más cerrado de España como para luchar contra la Reforma donde ésta era más amenazadora – es decir, en Francia – ; luchar, se entiende, a su manera, es decir, fundando pequeños paloma-

res contemplativos; lo cual hicieron bajo la protección del cardenal de Bérulle, con el que, sin embargo, no acabaron de entenderse, por lo que muchas pasaron luego a los Países Bajos.

Cuando, años después, me he preguntado por qué recuerdo todavía con simpatía a este Quintanadueñas, la respuesta que me doy es que, probablemente, su tarea se parece, en parte, a la que, poco a poco, hemos ido realizando mis compañeros y yo a partir de los primeros viajes de unos cuantos a Mirmande para conocer a Légaut en carne y hueso. Nuestra actividad de organizar los Encuentros en Barcelona entre el 84 y el 90, y, después, de continuarlos sin él, así como nuestra labor de traducir y de editar sus libros y artículos en español, ha sido, en cierto modo, parecida a la de Quintanadueñas pero a la inversa: no de España hacia Francia sino de Francia hacia España, no al servicio de la obra de Santa Teresa sino al servicio de la de Légaut, y no a favor, como era evidente entonces, de la Contrarreforma sino a favor de un cristianismo sapiencial y no clerical, y no gigantista ni proselitista ni sectario sino adulto y en diáspora.

Traducir y publicar a Légaut no ha sido sólo una actividad material. Además de ser útil para otros, también ha sido ocasión, para nosotros, de una relectura minuciosa y provechosa. En una última semana con Légaut en Mirmande, en el verano de 1990, repasaba con él mi traducción de *Travail de la Foi*. Entonces, quise expresarle este provecho personal que sacaba al traducirlo y, en mi deficiente francés oral (que como veis no ha mejorado), le dije que su Bic era como la “pluma” de la que había dicho Cervantes que “es la lengua del alma”. Y también le dije que sus trazos sobre el papel eran como los surcos que el arado va abriendo en el campo; surcos de los que yo, a medida que traducía, iba extrayendo ideas que anotaba en mis cuadernos, a la espera de poder desarrollarlas luego.

La imagen del surco no era original. Légaut mismo la había usado, aunque en otro sentido ⁽³⁾. Pero le precisé que la tomaba de

(3) Légaut mismo la había usado, aunque en otro sentido, en *HRH*, pág. 177.

un poema de Antonio Machado en que éste elogia al primer poeta de nombre conocido en lengua castellana, Gonzalo de Berceo, del siglo XIII. El fragmento era éste: “su verso es dulce y grave: *monótonas hileras / de chopos invernales* en donde nada brilla; / *renglones como surcos* en pardas sementeras, / y lejos, las montañas azules de Castilla.” (CLX, vv. 9-12. En francés: “Son vers est doux et grave: *monotones rangées / de peupliers d’hiver* sur lesquels rien ne brille; / *lignes comme sillons* dans les semailles brunes, / et au loin les montagnes bleues de Castilla.”).

Légaut escuchó con simpatía mi pequeña exposición y, al acabar, me dijo, con su picardía característica: “*tu es comme une bergeronnette!*” (eres como un aguzanieves). Y, ciertamente, todos nosotros, que lo leemos, somos como esos “pajarillos que en otoño se acercan con gran familiaridad a comer los gusanos que afloran entre la tierra fresca y removida por el arado, a los que también se les llama – me parece – ‘nevatillas’, y que son negros y blancos.” Esta descripción es de una carta suya, la última, fechada el 20 de agosto de 1990.

4. Para terminar

Resumo los tres puntos de mi exposición. En el primero he recordado la figura de Don Quijote pues sus “salidas” al “campo abierto” simbolizan la “fe en sí mismo” que coincide con la “libertad de ser uno mismo”. La “fe en sí mismo” es la expresión exacta de un elemento de siempre que, sin embargo, tal como lo desarrolla Légaut, resulta nuevo. En mi opinión (y ojalá esto fuese una profecía), Légaut, aunque sólo fuese por sus desarrollos sobre la “fe en sí mismo”, merecería figurar en la historia del pensamiento espiritual del siglo XX.

En el segundo punto, he hablado de las dos preguntas que centran toda la búsqueda de Légaut; búsqueda que es el “entrar en sí” que acompaña a todo “salir”, a todo “partir” espiritual hacia el propio “castillo interior”, hacia el “centro de sí mismo”. Para ello, he recordado el consejo atribuido a Jesús por Teresa de Ávila: “búscate en

Mí”, al que me he atrevido a añadir un “búscame en ti” que es su “*pendant*” natural pues, como ya dije, el socratismo cristiano es, inseparablemente, un cristianismo socrático. Fruto de este doble movimiento es la confesión de Légaut “Jesús es *de* Dios”, de la que extraigo – salvadas las distancias – la doble afirmación de que Légaut “es de Dios” y “Dios es de Légaut” en el sentido de que la autoridad moral y la fecundidad espiritual de sus escritos brota de la seriedad de su “darse a fondo”.

Por último, en el tercer punto, he citado unos versos de don Antonio Machado para evocar el ejercicio espiritual que es la lectura de sus “libros de itinerario” – que no de doctrina – en los que “*la pluma* (en su caso el Bic) *es la lengua del alma*”, es decir, de su alma que todavía habla a la nuestra. La acción de traducirlo y publicarlo ha sido un honor para los amigos de nuestra Asociación como lo fue para Quintanadueñas ayudar a las primeras carmelitas en su camino hacia Francia, en lo que Bremond llamó su “invasión mística”.

Y así como, hace un momento, he dicho que sólo por los desarrollos sobre la “fe en sí mismo” Légaut merecería figurar en la historia del pensamiento religioso de este siglo, ahora quisiera añadir que también merecería ser reconocido por otras dos cosas, entre otras: primero, porque, a lo largo de su obra, nos ha dejado múltiples enseñanzas para renovar lo que antiguamente se denominaba la “lectura espiritual”; y, segundo, porque, en sus escritos, también hay una repetida invitación a la práctica de la “*escritura espiritual*”.

La “escritura espiritual” no se incluía entre las prácticas ascéticas clásicas, propias de la “meditación activa”, porque, de suyo, es la antesala de un “tomar la palabra” que estaba reservado a los miembros de la “iglesia que enseña” (*ecclesia docens*) y sustraído a los de la “iglesia que aprende” (*ecclesia discens*). Sin embargo, ya que el porvenir de la vida espiritual cristiana depende de los laicos más que nunca, su ejemplo es una llamada.

He aquí, pues, que, para evocar el recuerdo de Légaut, he escogido a tres personas que llegaron al final de su vida gracias a su fe en

sí mismas. En primer lugar, he escogido citar a un héroe que *no existió* sino en la mente de su creador quien, a su vez, fue un hombre que, aunque conoció el fracaso en su vida, supo permanecer en pie, gracias a su fe en sí mismo. En segundo lugar, he citado a una *mujer*, de familia *conversa* y de origen judío, que luchó, en la sociedad de su época, por encontrar su lugar y por cumplir su destino. Y, en tercer lugar, he citado a un poeta que murió *exiliado* de su país, de resultas de una “guerra incivil” que muchos católicos de entonces (de fuera y de dentro de España) juzgaron, erróneamente, ser una cruzada.

Algunos pensarán que mi elección ha sido sesgada, pero pienso que, sin pretenderlo, ha resultado ser una elección muy adecuada para hablar de un testigo de Jesús como Légaut quien, como recorda-réis, había escrito: “No hay que estar instalados. Es necesaria una deportación religiosa e intelectual, un exilio que antaño se buscaba en el desierto, un cambio de situación que se buscaba marchándose. (...) Nada grande, nuevo ni creador pueden hacer los que no son capaces de vivir, aquí abajo, como deportados” (4).

La vergüenza del cristianismo europeo del pasado, remoto o reciente, es haber sido contemporáneo, de una forma insensible o implacable, de estos hombres y mujeres. Nuestra vergüenza sería pensar, como el fariseo o el crítico ideológico, que nosotros no lo hubiéramos hecho en aquella época o que no lo haríamos tampoco ahora. Pero la esperanza para el cristianismo, tanto del pasado como de ahora, es que siempre hay algunos que se levantan y parten (expulsados o no), y que avanzan y se adentran fuera de los caminos trillados, por los senderos de la fidelidad. Y también es parte de esta esperanza el hecho de que siempre hay algunos que los reconocen.

Y ya acabo. Como veis, tres referencias españolas, apoyadas en tres recuerdos y algunas reflexiones, para un breve homenaje de agradecimiento y de reconocimiento dentro de este Coloquio dedi-

(4) Fragmento de una carta de Légaut, en 1946, al abbé Gaudefroy, citada en: Thérèse De Scott, *Devenir disciple de Jésus*, París-Gembloux, 1988, págs 13-14.

cado a Légaut. Aún me quedan ideas en el tintero para plantear la relación de Légaut con otros dos españoles relevantes también, en la cultura y el cristianismo europeos, como fueron (y aún son) don Pedro Calderón de la Barca (cuya *Vida es sueño* da mucho que pensar acerca de la libertad y de la relación de paternidad y filiación) e Ignacio de Loyola pues su *Autobiografía*, sus *Ejercicios* y la *fundación* de la Compañía merecerían meditarse a la luz del camino y de la obra Légaut.

Pero esto será en otra ocasión. Disculpen que haya desbordado un poco mi tiempo y gracias por su atención.